

Ventanas ROTAS

Ana Patricia Trujillo Esparza
Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4º semestre

Él recuerda el día soleado cuando odiaba todo y no soportaba la vida. Sucedieron las cosas tan rápido que apenas evoca las imágenes borrosas de los hechos, esos que ayudaron a que el cajón de su cómoda se llenara de hojas que narraban las penas de aquel día al que le daba vueltas una y otra vez.

Ella corría intentando alejarse de su diario doloroso, corría en busca de ventanas abiertas o salidas de emergencia, dejaba las calles atrás mientras el viento peinaba su cabello y, sin éxito, fabricaba una telaraña frente a sus ojos, dejándola, momentáneamente, a oscuras.

Hubo un día soleado parecido a los demás, ella esperaba en la casa a su marido mientras aguardaba a que llegara la hora de la comida para así poder emplearse en alguien más que no fuera ella y su maraña de pensamientos extraños; se dedicaba a crear, así que todos los conflictos que florecían con las ausencias y con su propia compañía, los plasmaba con gran pasión sobre lienzos sin vida que dejaba más muertos después de su intervención. Pintar no era trabajo, era su desahogo; escupió ahí todo lo que pudo y no pudo hacer a lo largo de su estancia en el planeta.

Él en la oficina escribía de todo, menos de lo que realmente quería, el papeleo sepultaba toda esperanza de algún día convertirse en el adulto que soñaba ser desde pequeño, pero tenía que salir adelante. La renta, la comida y la terapia creativa de su esposa, no se podrían pagar con los caprichos de un chico que fantaseaba con ser el novelista ideal.

El sonido de hojas engrapándose, el tecleo de sus compañeros y los gritos de su jefe lo despertaban de esas reflexiones que en su mente formu-

laba acerca de cambiar los patrones. Él no podía irse del mundo de la misma forma que su esposa lo hacía, el arte no cabía en esa caja gris donde trabajaba. Todo el recorrido de vuelta a casa imaginaba lo que sería llegar y sentirse cómodo después de un largo día de trabajo, pero eso nunca ocurría. Detrás de la puerta encontraba siempre lo mismo: una mujer en una esquina, con ropa manchada de ideas desastrosas, ideas que después él admiraba por completo cuando daba vuelta al lienzo; una habitación con paredes llenas de obras coloridas, pero con trasfondos oscuros en donde se escondían rostros tristes detrás de los trazos. Era un lugar donde no cabía la tranquilidad.

Un poco antes de estacionar su auto para poder llegar a casa, se le ocurrió la idea de salir de ese tormentoso espacio sólo por un momento y llevar a su esposa con él. Un instante afuera quizás cambiaría el modo en el que ambos veían la vida; al menos eso pensaba él. Solían ir al cine cuando eran novios, a ella le encantaba ver películas, y aunque él en ocasiones se quedaba dormido con las tramas lentas y cursis, ella admiraba la forma en la que él luchaba contra su cansancio para no perderse los debates de por qué había sido buena o mala.

Esta vez, aunque ahora eran personas completamente distintas, creyó que podrían revivir esos días por una sola noche. Estaba cansado de ser infeliz. La persona que antes era el amor de su vida, ahora era un simple individuo que se movía por inercia y sólo reflejaba al mundo una pizca de voluntad por medio de imágenes terribles; él se culpaba por ello.

Ella se sintió abrumada por la propuesta tan inusual de su marido, hacía años que no salía a hacer ese tipo de cosas; apenas podía cruzar la calle para ir a la tienda más cercana sin derrumbarse al ver a desconocidos con vidas más activas y mejores a la de ella, incluso cerraba los ojos por un momento cuando veía siluetas de pequeños que se acercaban acompañados de sus superiores; prefería su vida enclaustrada, sólo en esos momentos salían sus monstruos internos; aquéllos que le susurraban al oído que sufriera y odiara la vida de los demás, sólo porque ella no podía tener lo natural, lo que muchos tenían y disfrutaban.

Después de minutos en los que él se sentó mirando al piso esperando la respuesta, ella por fin contestó que estaba dispuesta a salir, era de las pocas veces que luchaba en contra de sí misma para afrontar sus tormentos, lo tenía que intentar, la vida los consumía. Rumbo al cine no hubo mucho que conversar, ella evitó las ventanas para así poder

memorizar la forma y color de sus zapatos, al igual que la textura de la alfombra debajo de ellos; era un lunes y aún había luz del sol, por lo que sabían que las salas no se llenarían de extraños y sería perfecto. Temprano en su relación tardaban demasiado en llegar a un acuerdo sobre cuál sería la película que verían, sin embargo esta vez no le dieron la misma importancia y eligieron la que comenzaba dentro de cinco minutos.

La película inició y en realidad ninguno de los dos sabía lo que iban a ver en las próximas horas, pero él pudo sentir que avanzaría su situación. El póster de la película tenía colores primaverales, era la fotografía de un día muy parecido al que estaba viviendo, por lo que le dio un poco de esperanza y pensó que quizás a ella también le llegaría ese sentimiento. Reaccionó cuando se dio cuenta de que estaban mirando una de las tantas historias en las que se idealizan a las familias y se desarrollan conflictos sencillos e incluso absurdos. El sonido de una respiración agitada lo apartó de sus pensamientos, volteó al lado donde se encontraba su esposa que estaba tratando, con todas sus fuerzas, aspirar el aire normalmente. Como era su costumbre, ella no podía hacer nada natural, nada que los demás hacían sin problemas. Intentaba calmar su desesperación, el pánico que estaba sintiendo en ese momento, pero en el fondo seguían los sonidos procesados que imitaban voces de infantes y el llanto de un bebé que tala-draba sus oídos. No soportó más y huyó de su lado.

Ella corrió. Intentaba alejarse de su diario doloroso, de fotografías que le recordaban sus imposibilidades y ventanas que imitaban las enormes pantallas donde se mostraba la vida de ajenos. Corría en busca de salidas de emergencia y aire fácil de inhalar. Dejó las calles atrás mientras el viento peinaba su cabello sin éxito, mientras fabricaba una telaraña frente a sus ojos que, momentáneamente, la dejaba a oscuras. Quedó ciega, más ciega de lo que se había permitido durante años, y estaba lejos del conjunto de objetos que le ayudaban a olvidar.

Él la siguió, corrió tan rápido como pudo, pero no logró alcanzarla, hacía mucho tiempo que no la alcanzaba, entonces él también quedó ciego por la impresión que le dejó un estruendoso sonido, algo nuevo para sus oídos. Desde ese día supo cómo describir perfectamente el chirrido de las llantas sobre el concreto, el ruido de un cristal en fragmentos y el eco que genera una persona sin olvido.

Recuerda el día soleado, ese día que le quitó algo, pero le regresó la vida.



Despojos del vacío, Héctor Gabriel Pérez Soriano.